

CONVIVENCIA

M. M. Castellano



Capítulo 1

CONVIVENCIA

Reconozco que soy dura para la convivencia. Dificultosa digamos. Pero vamos, vosotros no miréis para otro lado mientras silbáis (siempre dudo si es con 'b' o con 'v', no me juzguéis). Admitid que también tenéis vuestras peculiaridades cuando compartís morada con otros seres humanos. Y no lo neguéis porque es mucha casualidad que todo el mundo que tiene problemas de convivencia sea la persona más afable sobre la faz de la Tierra y toda la culpa la tengan los demás.

Si yo no os culpo. Al contrario, os entiendo perfectamente. Aunque estéis cómodos siempre hay una parte en vuestro interior que no termina de adaptarse. Y hablo con conocimiento de causa porque he compartido mis aventuras y desventuras, manías, planificaciones de limpieza (que nunca se cumplen), caseros huraños y pisos de alquiler con compañeras. He de admitir que ahora echo de menos muchísimos momentos de esa etapa, como acabar durmiendo todas en una cama de 90 o arreglarnos a la vez con todas las puertas abiertas y la ropa volando de habitación en habitación.

No obstante, de cara a no caer en una nostalgia que me lleve a una tarde depresiva llena de capítulos de *Sexo en Nueva York*, también tengo que admitir que no todo eran risas y tertulias desenfadadas. Había veces en las que me decía a mí misma: «Del año que viene no pasa. Me busco un estudio para mí solita y listo». Y es que es inevitable que se tengan distintos horarios, conceptos que difieren sobre lo que está limpio y distintos gustos a la hora de ver la televisión.

En mi caso, y no es por alardear, me adapto a cualquier cosa. Si alguien está viendo algún programa que no me gusta, tiro de portátil y auriculares. Eso sí, antes de la llegada de Netflix no era tan fácil. Para buscar cualquier película o serie te arriesgabas a que las pestañas se multiplicaran por generación espontánea a cada clic, porque te veías obligada a acceder a las páginas web mas inhóspitas. Casi lo hacías de incógnito, porque temías pasar la noche en el calabozo. Pero, a pesar de eso, no había mayor problema.

Dicho esto por donde no paso es por la falta de higiene. Eso sí que no. Porque una cosa es organizar una pequeña fiesta en un piso y otra muy distinta no usar posavasos. ¿Acaso somos salvajes? Un poco de cordura. Que por el mero hecho de que en un piso de 60 metros cuadrados haya unas 78 personas no significa que no haya lugar para el civismo.

Sin embargo, fuera del terreno de las fiestas, tan divertidas como amargas a la mañana siguiente, también hay otras situaciones de

ausencia de limpieza que crisan mis nervios. Para empezar debéis saber que en todas experiencias de piso compartido he tenido que lidiar con encimeras de color blanco en la cocina. Yo no sé qué trauma tiene la clase de persona que elige ese tono cromático para la mesa de trabajo de una cocina, pero es que encima me tocan todas a mí. Supongo que las inmobiliarias me tienen manía.

Pero bueno, mi relación amor-odio con el mercado inmobiliario no es lo importante. El caso es que cuando una persona mancha esas pulcras superficies, lo lógico es que en el transcurso de 5-10 minutos lo limpie. O al menos una vez haya finalizado su faena culinaria. Pues se ve que no, porque yo he sido testigo de manchas de Nesquick durante varios días. Algunos incluso me planteaba si añadir algo de leche y unas galletillas, para animar la escena.

Tocado el tema de la limpieza, y por no escribir toda una tesis sobre la cuestión, pasemos a otro asunto. Por ejemplo, otra de las cosas que no echo de menos del piso compartido es encontrar a gente desconocida durmiendo en el salón. Creeréis que es algo extremo, pero lo cierto es que ocurre con mayor frecuencia de lo que se imagina. Una que se levanta, se prepara su bol con avena y fruta y se dirige al salón para ver *Hoteles con encanto* un sábado de buena mañana, y al llegar se encuentra seres no identificados en el sofá. Y claro, te ponen en la tesitura de tener que elegir entre despertarlos bruscamente y actuar como una antipática o hacerte un hueco y compartir con ellos la programación matutina de la televisión. Mejor optar por la segunda.

¿Quién ha traído a esta gente? Pues alguna de mis compañeras, quiero suponer. Pero al final una servidora, al figurar en el contrato de arrendamiento, es una co-anfitriona, y no quiere ser tachada de poco hospitalaria. Que luego todo se sabe. Y cuando quieres invitar a gente desconocida voluntariamente para montar un sarao, solo se presentan 61.

Yo sé que todos tenemos nuestras manías. Y es inevitable que estas se hagan manifiestas durante la convivencia, pero yo no soy de las que provoca ese tipo de situaciones. Tengo mis cosillas, como el no soportar que alguien deje una servilleta usada encima de la mesa en lugar de en el plato o exigir que todo mueble barra elemento decorativo siempre esté colocado de la misma manera. ¡Ah! Y las noches de *Cuéntame como pasó* y *Masterchef* que nadie se acerque al mando, porque puede liarse muy parda. A pesar de ello, los problemas de convivencia a los que me he enfrentado siempre han sido culpa de los demás. Porque como habréis apreciado, yo soy encantadora.